

último arte ★

Mercedes Cárculas Inhibidas

re de 1896:
la República de Pa
zo en familia»
e niños»
el Czar en París»
os jugando al paso»
lores»
e un tren a la esta-
gnolle»
lo en Marsella»
e terrible» (también
na noche toledana»
era serpentina» (tam-
la «La Loié Foller, la
serpentina y Miss Fu-
anza serpentina»
un parisién»
n Can»
ta de un cochero»
mada «Cochero dor-
queado»
de un buque en el
arsella»
eras»
de bodas»
e un regimiento de
rancesa» (tal vez lla-
ién «Mantobras mili-
el Presidente de la
rancesa en el puerto
» (sic)

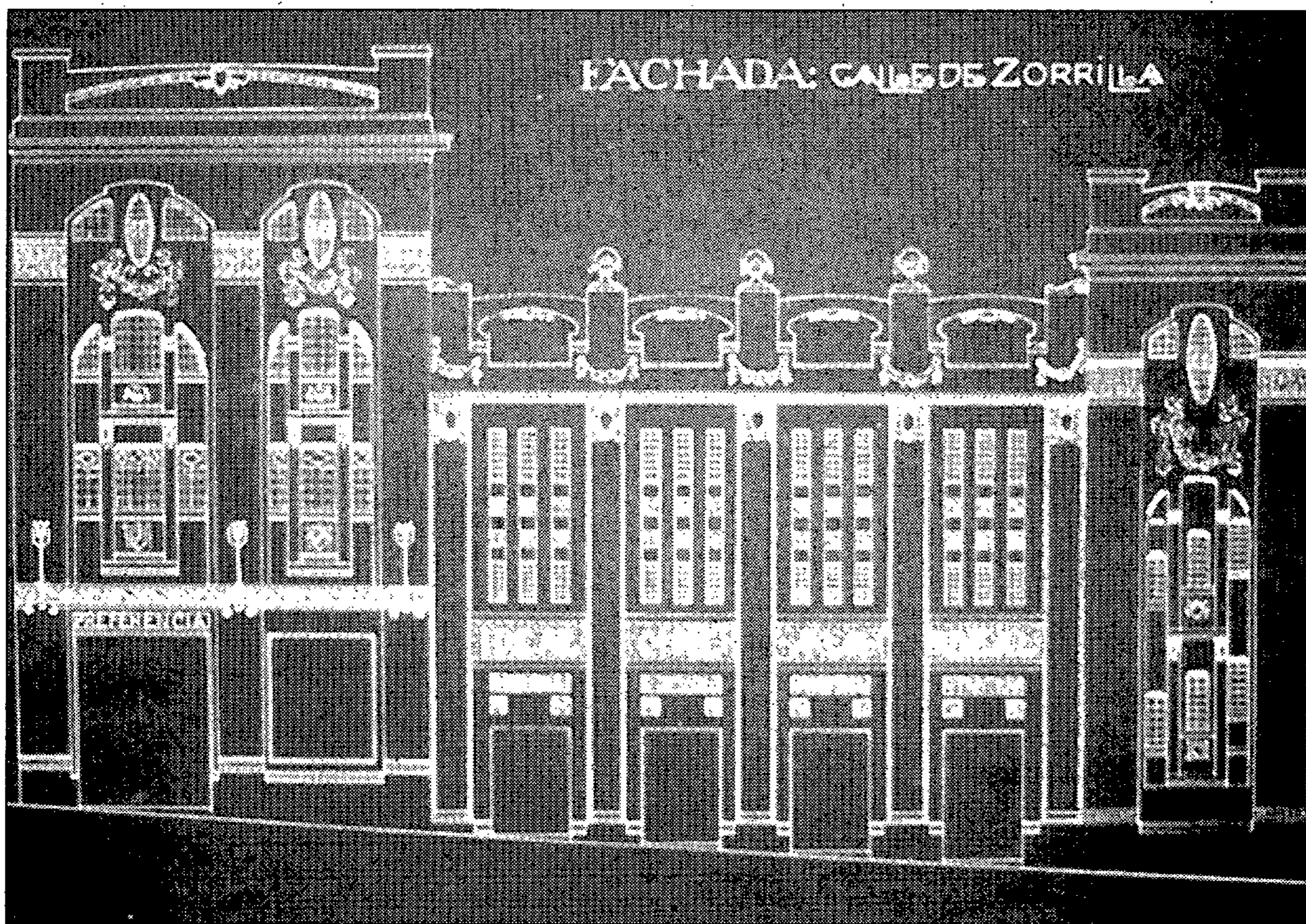
1897:
carruajes automóvi-
reso del último con-
aris»
nciana»
equitación» («Esce-
s Cisnes en el Jardín
ción de París»
colas»
salida de un expreso
n de Niza»
de una calle en
erso»
de la muerte de Ma-
»

abril de 1898:
e un tren de pasaje-
ción de Milán»
pañola. Ejercicio de
de dragones atrave-
»
en honor del Prínci-
»
nación de Fausto y
Margarita»
atro mujeres»
e Mazzantini con su
plaza de toros»
n Niza»
ayando venenos con
s»
o Magenta entrando
»

baile italiano»
Dolorosa y entrada
pulcro (Jerusalén»
o en Jerusalén»
ñoras en Venisse»
tresillo»
del duque de Guis-
»

1898:
Regente yendo a la
adrid»
nieve» («Juegos ru-
za de San Pedro»
uerto de Buenos Ai-
perro, por el clown
e un tren a la esta-
te de Madrid»
toros. Suerte de va-

★ ★ ★ ★



Alzado del Proyecto (1924) del Ideal Cinema de Alicante. Fue, con toda probabilidad, la última obra de Juan Vicente Santafé

El último superviviente

A los setenta años de la inauguración del «Ideal Cinema»

A. MARTINEZ/M. SEMPERE
EN lo que va de año se han celebrado múltiples acontecimientos en torno a la efemérides del centenario del séptimo arte. Mucho se ha hablado del cine, de sus hitos técnicos y artísticos, pero nada de los espacios donde, al fin, los simples mortales tenemos acceso a tan maravilloso evento: las salas de proyección; porque al poco de inventarse el celuloide se construyeron los primitivos cinemas. Las primeras películas, mudas y monocromas, se exhibieron en teatros y plazas, donde el cine era un número más dentro del cartel que se ofrecía como reclamo de diversión. A medida que la técnica se perfeccionó, los relatos filmados fueron autosuficientes como para colmar una función continua y, entonces, los teatros se transformaron para adaptarse a las exigencias visuales de este novedoso entretenimiento.

Se estrenó un nuevo siglo y esta ciudad, Alicante, comenzó a contar con los iniciales recintos apropiados para la ocasión. El clima benigno pronto propició los efímeros «cines de verano»: pabellones de madera al aire libre que en algunos caos parecían balnearios del Postiguet. Aún podemos recordar el «Teatro de Verano» y el «Cinematógrafo del Paseo de Gómez», por las estampas de la época que se han conservado, gracias a otra arte amiga: la fotografía. Estos «chiriguitos» acusaban su provisionalidad en su aspecto exterior: su arquitectura obedecía a pautas de precariedad constructiva; no en vano, se trataba de lugares para amenizar los ratos de ocio de residentes y turistas. Simultáneamente, en muchos solares, aparecieron edificaciones destinadas a la proyección en dos dimensiones: el Teatro Nuevo, el Salón Novedades, el Salón Española y el Salón Moderno; porque en los inicios se denominaron Salones, sólo unos años después se llamarían por su verdadero nombre que hoy abreviamos.

He aquí que, película a película, el último arte iba cosechando más éxitos y más adeptos, más consumidores ávidos de este espectacular producto. El cine, en la segunda década de este siglo, pasó de ser una primicia para curiosos a un fenómeno de masas. Las salas existentes no eran ya sufi-

cientos para albergar toda la demanda de celuloide. Fue entre 1923 y 1927 cuando se construyeron los mayores cinematógrafos de la ciudad, llegando a sumar un total de siete salas cubiertas, a las que había que añadir las esporádicas estivales. De las escasas 200 butacas con que contaban algunas instalaciones, se pasó a alcanzar aforos de hasta 1.500 y 2.000 asientos por recinto. La arquitectura tuvo que dar respuestas técnica, funcional y formal al nuevo programa lúdico que iba transformándose con el uso mayoritario por parte de los ciudadanos. Los edificios, pues, resultaron enormes inmuebles que se asentaron en los alrededores del centro de la ciudad. Parecían ser los nuevos templos de congregación vecinal: fueron las catedrales de la diversión por excelencia, y lo serían por unas cuantas décadas más.

La sociedad estaba cambiando, estaba naciendo al consumismo deprimido. Los cinemas emularon grandes almacenes en su imagen exterior, fueron concebidos como atractivos escaparates de amplias entradas, huecos gigantes, torres esbeltas, marquesinas planas y superficies desmesuradas donde colgar la publicidad, aunque lo que se vendiera en su interior no fueran más que imágenes. Estas salsas presentaban dimensiones considerables por lo que, primero en hierro y después en hormigón, hubo que resolver estructuras singulares. Tipológicamente, los patios de butacas se alargaron para mejorar la visión de la pantalla y, sobre éstos, desaparecieron los palcos, sustituyéndolos por una superposición de anfiteatros inclinados —plazas de «preferente» y «general». No se escatimaron medios ni recursos

ni el «Nuevo», ni el «Central», y tampoco el más «Monumental», ni el «Nuevo», ni el «Central», y tampoco el más «Monumental» de todos ellos. Sólo el cine «Ideal» ha sobrevivido al imperio del vídeo, de los supermercados y de la moda «mini».

El «Ideal Cinema» —como reza su nombre primigenio— fue, con toda probabilidad, la última obra del arquitecto Juan Vicente Santafé. Dibujado y fechado al mismo tiempo —mayo de 1924— que su homólogo y hermano mayor —«Monumental Salón Moderno», de Juan Vidal—, supone una adición de valores, propios y añadidos, de sumo interés. Los primeros lo son por su condición de cinematógrafo de gran capacidad: tres plantas y casi 2.000 butacas. Los segundos lo son por su valor arqueológico de superviviente al diluvio que aniquiló a los de su raza; una catástrofe que tiene más que ver con comportamientos sociales que reducen los beneficios económicos que se le suponen a toda empresa. Sin olvidar un tercer aspecto: el ambiental, el del perfil urbano, porque nuestro protagonista se alza en una de las avenidas más emblemáticas de la trama. El «Ideal», como toda arquitectura que se precie, ha sufrido varias intervenciones a lo largo de sus setenta años de vida, y aún con todo, los invariantes tipológicos se han mantenido constantes, a pesar de cuanto ha llovido desde 1925.

Quiere ser una felicitación y un homenaje esta carta de aniversario al último «Gran Cine» de la ciudad, y solidariamente lo es para todos aquellos cines de nuestra geografía. Pero también, estas letras pretenden ser una reflexión sobre el Patrimonio Arquitectónico, que día a día estamos consintiendo en derribar con las simples excusas de la burocracia administrativa o del escaso «valor» del inmueble en cuestión. Pocas cosas hay tan tristes para una ciudad como borrar de su trama su propia historia: la arquitectura que define los contornos de nuestra memoria. El cine «Ideal» es un ejemplo protegido de una especie extinguida; pocos espacios se construyen hoy que tengan un corazón tan grande. No permitamos que sucumba como ya lo hicieron otras especies arquitectónicas con la liquidación de sus elementos representativos.

Fue la última gran obra de Juan Vicente Santafé

para la renovación estilística de su aspecto; invertir en decoración añadida era una garantía de éxito, tan segura como los filmes que se pudieran anunciar. De estos grandes cines, levantados en el esplendor de la «Belle Époque», ya no queda ni el de Benalúa ni el de Carolinas, ni el «España»,

JAVIER
LORENZO



Las increíbles bellas menguantes

UNA de las grandes trampas del amor ha sido siempre su facilidad para reconvertir momentos triviales en memorables. Tan sólo cabía esperar la simple ayuda del tiempo, del balanceo de una mecedora ante la chimenea y el embrujo de un bolero, para descubrir la sencilla y entrañable verdad. Pues bien, a algunos cinéfilos, desde hace unos años, nos viene cabreado el que nuestros amores cinematográficos no nos duren más allá del fulgor de un gin-tonic y un simple tronquito de pino. Y es que nuestras diosas del cinemascope, las mujeres de nuestra vida en technicolor, víctimas de un implacable virus esquilmador de rotundidades, están últimamente como muy escasitas y muy poca cosa.

No puede ser que tras el correspondiente paseo ensoñador sobre el asfalto húmedo, uno se enfrente en la oscuridad de la sala a búsquedas de mujeres fatales, a reflejos de rostros añorados en los círculos de alcohol de los mostradores, y luego resulte que la que parece sea mi vecina la de enfrente. Que está muy graciosa, pero no es eso. Ahora que sabemos lo que cantan los poetas andaluces de ahora, no sabemos dónde están las piernas de la **Cyd Charisse** de ahora.

Es descorazonador que la muy ponderada **Sharon Stone** necesite una complicadísima, y no muy refinada, estrategia para tumbar a un peso mosca como **Michael Douglas**. Y que por si acaso, lo cual denuncia escasos niveles de fe, se tenga que reforzar de alambicadas arquitecturas iconográficas a modo de ataduras en la vanguardia y picahielos en el flanco sur. No me negarán ustedes que semejante pirotecnia en un tipo duro como **Clark Gable**, a lo sumo le hubiera inspirado un bostezo. ¡Que habría sido del pobre Michael Douglas ante el lento descenso de la cremallera por la espalda de **Kim Novak**!

Con todo eso del método, la introspección y otros misterios de laboratorio, nos venden a excelentes actores como **Al Pacino** o **Dustin Hoffman**, que se mueren muy bien haciendo el viajante, pero que cuesta imaginarlos manejando con cierta soltura el remo en plena boga de ariete o paseando del bracet con **Jane Russell**. Que **Meryl Streep** es una gran actriz parece fuera de discusión, pero si llega a ser **Ava Gardner** la que se encuentra a **Clint Eastwood** haciéndose el despistado por el puente camino de casa, en un santiamén manda al cuerno al pesado del marido y se fotografía en Tanganika.

La verdad es que un servidor pertenece a una generación que se educó sentimentalmente añorando la cámara subjetiva frente al festival de bustos apabullantes, caderas esplendorosas y costuras a punto de reventar que nos brindó en época gloriosa el cine italiano. Y ya es un poco tarde para rectificar una personal concepción de los cánones y los espacios armónicos. Tampoco están tan mal que las heroínas de la pantalla sean como nuestras novias, nuestras amigas o las alegres chicas de mi barrio. Pero a la hora de soñar, en la hora de las melancolías imposibles, siempre nos quedarán **Silvana Mangano**.

★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★